

LUIS RAMIREZ:

ARQUITECTO EN EL CONTEXTO EMERITENSE

por: Bernardo Moncada Cárdenas

Quien observe la trayectoria cultural-artística de Mérida en el Siglo XX no puede dejar de sorprender la nitidez y velocidad de etapas que entonces se sucedieron. Como ocurrió en la mayor parte de Venezuela y el mundo, el siglo se manifestaba con retardo de décadas cuando figuras como Marcos León Mariño y Luis Bosetti se acercaron en la pequeña ciudad para afectar la fisonomía urbana con propuestas foráneas. Pero tal primera oleada modernizadora preludiaba una serie de puntuales y afortunadas intervenciones que resultan sorprendentes si no reconocemos la vitalidad que imprime el proyecto universitario imbricado en la estructura histórica emeritense. La figura de Luis Ramírez García llama nuestra atención a un proceso histórico entrelazado con nuestra cotidianidad y, por ello, prácticamente indetectable para nosotros.

Edificaciones como los conjuntos escolares Vicente Dávila, Rafael Antonio Godoy, y luego el Liceo Libertador, la Cárcel Modelo y el otrora Instituto del Menor, seguidos por la impactante construcción del Sanatorio Antituberculoso Venezuela, la Unidad Sanitaria y el Hospital de Niños, prepararon el contexto de la ciudad para recibir la fecundidad de Mujica Millán quien, sin presentarse como catalizador cultural, movilizó de todas formas el dinamismo artístico merideño. El impulso que recibía el gobierno de la ciudad, la institucionalidad eclesiástica y la Universidad en pleno empuje modernizador (ampliación del rectorado, conjunto de facultades en la Avenida Tulio Febres

Cordero), encontraron en la capacidad e iniciativa del arquitecto español un instrumento dedicado y eficiente para caracterizar una nueva Mérida.

No bastando la rotundidad de las innovaciones que re-ensamblaban la ciudad, una nueva oleada vendría a impulsar más cambios con la crisis que, defenestrado el gobierno dictatorial de Marcos Pérez Jiménez, plantó un proceso de historia en democracia que conllevaría no pocas consecuencias en la fisonomía de la ciudad y, sobre todo, en el ejercicio formal de esa profesión que-sin aún tener existencia estable- ya había resultado determinante en la ciudad y su imagen.

Con la destitución del liderazgo perezjimenista, la Universidad de Los Andes no perdió la inercia de progreso que en ella se había instaurado: ella se aceleró e impulsó en un sentido nuevo, impartiendo a su ciudad sede la energía para otra etapa; la universidad devino inesperadamente dispositivo rector del desarrollo urbano y al mismo tiempo de la cultura profesional arquitectónica en Mérida. Factores fundamentales iban a constituirse el departamento de planificación y la evolución de la carrera de Ingeniería Civil los cuales, para enfrentar crecientes necesidades implícitas al aumento de la matrícula, atrajeron arquitectos egresados de la novísima Facultad de Arquitectura de la UCV.

Lo descrito hasta ahora pudiera dar impresión de una evolución mecánica, determinada por elementos impersonales. Al contrario, las condiciones señaladas no hubiesen conducido a la realidad actual sin la participación de temperamentos muy específicos, concurrentes en ese concierto desordenado que pautó la historia. Comencemos observando la designación – por aclamación del personal académico- de un joven obstetra zuliano como rector para iniciar la nueva

era de la universidad. Quizá justificaron este paso la riqueza y amplitud de su pensamiento, su activa pertenencia a la aristocracia del saber cuya formación la casa de estudios serrana había favorecido. Calado en el fervor demócrata en que finalizó la década de los '50, convencido de la segura evolución política nacional hacia un moderno estado socialista moderado, el Rector Pedro Rincón Gutiérrez se desempeñaría con iniciativa y acierto indiscutibles. Como visionario planteó las bases de una universidad

de escala incomparable con la ya importante institución que le fuera confiada, barruntando la necesidad de multiplicar las estructuras docentes, de implantar investigación científica y humanística de largo aliento y pronto crecimiento: “cuando yo llegué al rectorado en el año 1958, existían tan sólo doce escuelas y trabajé hasta consolidar diez facultades, cuarenta y tantas escuelas y una serie de institutos de investigación”, pudo decir el Rector Rincón Gutiérrez: apoyaba y vivificaba valores locales mientras atraía universitarios extranjeros. En esta visión futurista tuvo, ciertamente, mucha influencia el arquitecto vasco fundador del departamento de planificación, Iñaki Zubizarreta, entrañable amigo del rector. De tal manera la energía natural que conllevaba el estallido matricular hizo reacción con la perspectiva inevitablemente diferente que comenzó a caracterizar la ULA.

Brote de gran significación en este ramificado crecimiento fue la estrategia de extensión cultural al frente de la cual llamó artistas reconocidos de temperamento y visión política progresista, César Rengifo –poeta, pintor, ensayista y dramaturgo a más de luchador social- fue el primero. El juicio histórico de tales decisiones se encuentra hoy en el crecimiento artístico con que destaca Mérida, vencedora de los obstáculos que su situación mediterránea y aislada hubiera podido hacer pesar. No ha debido ser fácil insertar una personalidad como la de Rengifo en la formalista corporación académica, como no lo fue hacerlo con Rhazés Hernández López y Oswaldo Vigas, pero el empuje inicial que estos nombres aportaron se ha mantenido hasta ahora. La Escuela de Artes Plásticas “Antonio Esteban Frías” fue fundada con la dirección de Régulo Pérez, a quien siguieron en el cargo después de un año Lorenzo Calzadilla, Carlos Hernández Guerra y Manuel Espinoza, para citar algunos en la lista de inmigrantes artistas, en un colectivo que contaba con Manuel De La Fuente, Guillermo Bessembel, José Montenegro.

Pedro Rincón Gutiérrez fijó la mirada en un joven arquitecto caraqueño, inquieto, desprendido y de destacada formación, para hacer diseñar la casa familiar donde residió en la calle 40 de la Urbanización de los Profesores Universitarios (desarrollo aún existente, entre las Avenidas Urdaneta y Gonzalo Picón). A estas alturas adivinamos fácilmente que se trataba de Luis Ramírez García, quien así visitó Mérida, esa ciudad cuyo acontecer hemos venido desvelando hasta este punto. Si bien Caracas y otras emergentes capitales de Venezuela podían impresionar por su vitalidad y enriquecimiento, en Mérida se encontraba otra manera de modernizar que debemos tener muy presente. Más tranquila, con un clima que la asemejaba a las ciudades europeas en plena primavera, con una apertura cultural prometedora, con la sugestión de sumarse al hermoso compromiso de crear una de las mejores universidades en Latinoamérica, la pequeña ciudad sabía atraer corazones como el de Ramírez y así sucedió.

En 1961, reconociendo la presencia de una nueva alternativa profesional en la región, habida cuenta de la consecuente llegada de arquitectos a la universidad, el Consejo Universitario decreta la creación de una Escuela de Arquitectura en la Facultad de Ingeniería. Profesionales como Fausto González, formado en la Argentina, Carlos Olmos Osorio, cuyo diseño para la piscina de agua marina de la Ciudad Vacacional de Los Caracas le había ganado un premio nacional, Alfonso Vanegas Rizo, arquitecto neogranadino formado en Italia como había sido Gustavo Díaz Spinetti, se unieron con profesionales como Iván Castellanos, Iván Cova Rey, Armando Núñez del Prado, el extraordinario matemático Andrés Zavrotzky los Ingenieros Marta Saldivia de Sandía, Manuel Padilla, William Lobo, Rosendo Camargo y Jesús R Boada, formaron el núcleo al que se incorporó Luis Ramírez.

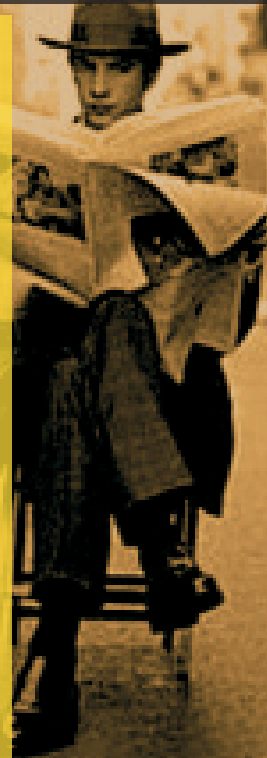
Posteriormente vendrían arquitectos de la talla de Paolo D'Onghia, Gonzalo Castellanos, intelectual y artista de reconocida experiencia, como también lo era Marcos Miliani. No intento ser exhaustivo, pues la impresionante abundancia de destacados nombres me condenaría a omisiones importantes y –después de todo- no es mi propósito historiar ese momento.

PISCINA DE LOS CARACAS

En 1965, la existencia de una vigorosa Escuela de Artes Plásticas y de una Escuela de Arquitectura que, además de jóvenes estudiantes de toda Venezuela, había sabido atraerse jóvenes arquitectos que venían a incorporarse a esta génesis. En Mérida se encontraba a Jorge Rigamonti, Bruno Giordani, mientras que la actividad artística congregaba músicos, actores y

dramaturgos, danzarines, escritores, poetas, al abrigo de una política de protección a las artes que hizo de Mérida un desfile continuo de exposiciones, conciertos, recitales. La escuela de arquitectura constituía una tribu identificable: una subcultura con lenguaje, cortesía, atuendos, creencias, en un mundo de belleza ingente, donde hasta la política se construía en modo propio.

Los apartamentos-residencia donde convivían estudiantes de arquitectura eran portales hacia otra mentalidad, espacios de convivencia donde también los profesores aprendían, fraternidades de lo moderno semejantes a lo que Ernesto Sabato describe en *Sobre héroes y tumbas*. En 1968, cuando las trompetas del juicio final parecían sonar en el Bossa Nova, la beatlemania, el movimiento hippie, el cool jazz y los estremecimientos de mayo parisino



y primavera de Praga, Arquitectura toda se volcó hacia los irrepetibles eventos que fueron el Festival Internacional de Música y el Festival de Cine Latinoamericano, cada vez más embriagada en la feroz dinámica del cambio epocal. Luis Ramírez y Marcos Miliani, pintores y arquitectos descollantes, docentes apreciados y líderes de la nueva política, aparecieron entonces como maestros de ceremonia en el sismo artístico político que sacudió ciudad y universidad. Unidos docentes y estudiantes, expresándose con toda la capacidad creativa e innovadora exacerbada, generamos incontables eventos en busca de la utopía política y del paso de Escuela a Facultad Autónoma.

Este paso se produjo finalmente en 1970. De este convulso y bello paisaje surgió la nueva estructura universitaria, en momentos que la ULA toda se lanzaba al

cambio de concepciones curriculares y docentes. El primer decano fue Ramírez, cuya personalidad había ya contribuido poderosamente a moldear el mayor y más importante de los departamentos de la novel facultad: así como el departamento de Composición lleva su impronta, también la lleva la facultad toda. Cada departamento parece hijo de alguno de los personajes mencionados.

Y como rasgo dominante que la personalidad de Luis Ramírez y sus colegas impartieron a ese naciente ramo de la ULA destacaba, inconfundible, profunda y aguerrida preocupación por el pueblo venezolano y sus problemas, al mismo tiempo que vocación artística consolidada a la calidad profesional. No estuvo la comunidad de arquitectura ausente de los avatares de la lucha armada ni de los debates por una nueva universidad. La modalidad de liderazgo que Luis desarrolló con éxito en un contexto tan rico como el que se asoma en estas líneas se cifró en su cordialidad, su preparación y su apertura política, a más de su versatilidad y humanidad de artista. A su modo, tales cualidades, en un contexto como ese que podemos recordar con justificada admiración, permitieron a Ramírez ocupar un lugar central al lado del Rector Rincón Gutiérrez.

Fue la época de los happening callejeros galvanizados por Alcides, futuro Comte Blue, de Salvador Garmendia, Carlos Contramaestre, Lubio Cardozo, Domingo Miliani y muchas otras stars –en el mejor sentido de la palabra– lloviendo sobre la lluviosa Mérida. La época en la que la ciudad de hoy difícilmente se reconoce.

No ha sido el propósito de este escrito, para terminar, el sabor de un momento nostálgico en Ustedes. Llamo más bien a confrontar críticamente la actualidad, con objeto de valorar latencias, comprobar posibles superaciones o reactualizar valores cuya pérdida el desgarramiento de la Escuela de Arte, frustrando la culminación de un proceso que esos inicios hacían parecer inevitable, ha hecho evidente. Hoy, este homenaje que centra el interés de la investigación estética nacional en el ámbito de la arquitectura y de un protagonista como Luis Ramírez García, cuya obra ha podido revisarse en este evento, tiene lugar en circunstancias de creciente confusión y dificultad y constituye un llamado. ¿Hasta qué punto es necesario para los arquitectos volver la mirada hacia el significado profundo de la expresión construida? ¿Tiene valor para una cultura exasperada y tensa como la que parecemos vivir en 2009 el mensaje de goce, intriga e ingenio que un edificio ofrece? ¿Pueden los arquitectos aspirar a cumplir alguna forma de liderazgo, de guías en un devenir como el que hoy acontece?